

CARLOS, CONDE DE FLANDES Y EMPERADOR

Sucedió Carlos á su padre Felipe el *Hermoso*, como conde de Flandes, en 1506. Hallábase Felipe en Burgos cuando adoleció de fiebre, muriendo á la edad de veintiocho años. Carlos fué, diez años después, rey de España (1516), y cuando tenia diez y nueve, quedó elegido emperador (1519). Las tres naciones sobre las cuales debía reinar, se odiaban profundamente. Era muy antigua la mala voluntad que se tenían Flamencos y Españoles; y del mismo modo aborrecían en España á los Flamencos que en Flandes á los Españoles. Éstos rogaron á Carlos que renunciara á la corona imperial. Carlos habia dado empleos en la Península á sus Flamencos, y como éstos se hicieron odiosos por su ambición y rapacidad, los Españoles, ya escarmentados, temían ver convertida su patria en lejana provincia imperial y saqueada de aventurerós alemanes.

Carlos, como nacido en Flandes, fué toda su vida más flamenco que castellano; lo cual no importaba para que sus paisanos tuviesen que pagarle fuertes subsidios y onerosos tributos. Siempre le faltaban recursos. Los Alemanes eran pobres y turbulentos, y los Españoles tenían exhausto su tesoro por las

guerras contra los moriscos. Como los Flamencos en general habian aumentado sus riquezas, y en particular los de Gante, á ellos recurrió pidiéndoles dinero, con el objeto de llevar á cabo las empresas políticas que bullían en su mente. Le enseñaron, y él lo creía firmemente, que el peculio de sus vasallos, era también de su pertenencia; y sin empacho alguno, comenzó á gastarlo.

Dos acontecimientos, que han influido de una manera permanente en los asuntos de la Europa occidental, tuvieron lugar al ser Carlos elegido emperador: la conquista del Egipto por los Turcos bajo Selim I (1512-20), y la revolución religiosa alemana contra la autoridad pontificia.

Por espacio de dos siglos, el Egipto habia sido el único camino por el cual llegaban los productos orientales tan estimados de las naciones europeas. El camino de Rusia estaba cerrado por los Tártaros, y los del Asia se hallaban obstruidos por las invasiones de bárbaros, que destruyeron la antigua civilización de aquellas regiones. Sólo, pues, quedaba franco el paso de la India por el mar Rojo y el Mediterráneo. No era este el único tráfico importante que se hacia, pues en el mismo Egipto se hallaban adelantadas las industrias de Alejandria y el Cairo. En particular, la fabricación del azúcar llegó á ser tan abundante y superior en la primera de aquellas ciudades, que su precio descendió, en los comienzos del siglo xvi, á menos de la octava parte del que tenia cien años antes.

Este comercio, de poca importancia hoy, la tuvo grande entonces para las ciudades comerciales de Italia, del Rhin y de los Países Bajos, viniendo á ser fuente de riqueza para Venecia, Génova, Florencia,

Nuremberg, Coblenza, Colonia, Brujas y cien ciudades más. Decayó en seguida el comercio de las ciudades italianas, y poco después el de las alemanas. La llegada de los Turcos á Egipto acabó de un golpe con la fabricación y el comercio. El temor de la invasión fué la única causa de los viajes, que algunos años antes emprendieron Colón y Vasco de Gama.

La ruina del comercio egipcio produjo fatales consecuencias en la Alemania occidental. Los nobles alemanes, en número considerable, porque así se consideraban todos los parientes del que había obtenido un título nobiliario, aumentaron sus ingresos, formando parte de los gremios y participando de sus beneficios. Cuando las ganancias acabaron con el comercio, aquellos señores quisieron recuperar lo perdido, imponiendo gabelas á los campesinos, los cuales sufrieron tanta ó mayor opresión que los labriegos franceses. Tales exacciones dieron motivo, lo mismo en Alemania que en Francia, á la feroz guerra de los aldeanos.

Aunque también sufrieron las ciudades flamencas que hacían el comercio de Oriente, dos industrias salvaron á los Países Bajos de la ruina que alcanzó á Italianos y Alemanes; pues los Neerlandeses eran todavía los primeros tejedores del mundo, y sus pesquerías las más opulentas.

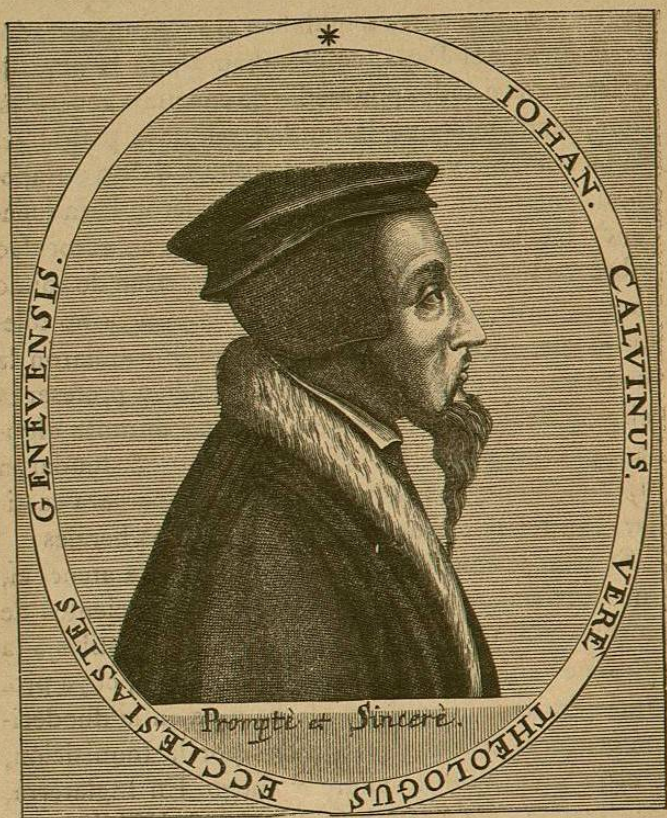
La política iniciada por Enrique VII de Inglaterra, al conceder á las ciudades flamencas el tratado de comercio, conocido con el nombre de *Great Intercourse*, fué mantenido por sus sucesores. Dos habían sido las causas que informaron esta conducta: la primera era librar á Inglaterra de las constantes maquinaciones que se fraguaban en Flandes por los yorkistas desterrados; la continuación de aquella políti-

ca ocasionó evidentes beneficios á ambas naciones.

La segunda causa consistía en la revolución contra el pontificado. En el siglo xvi se hallaba muy debilitado el poder pontificio. Los principes y soberanos de Europa, que antes temblaban al verse amenazados de las iras del Papa, emprendían ahora la obra de ordenar sus estados por medio de concilios generales. Comprendiendo que la unidad religiosa podría ser de inestimable valor, si los pontífices daban su apoyo al poder real, solicitaron y obtuvieron la influencia de Roma, con la cual robustecieron su autoridad sobre los nobles y el pueblo. Ellos carecían de ánimo para disentir de la doctrina de la Iglesia, y no toleraron que lo hiciesen sus súbditos. Formularon la teoría de que el vasallo estaba obligado á profesar la religión de su señor, y así se practicó durante algunas generaciones. En este principio se fundaron principalmente los soberanos de Europa para castigar, con terrible crueldad, á los llamados herejes.

Si bien se considera, no debe llamar la atención, que las comarcas más prósperas y florecientes de Europa, con una sola excepción, fueran hostiles á la Iglesia establecida. Los herejes de Tolosa, cuya provincia era la más opulenta de Europa en la duodécima centuria, fueron perseguidos por la Inquisición, y el país entrado á sangre y fuego. En Inglaterra, los segadores de Norfolk, discípulos de Wiklif, mantuvieron sus principios con singular energía, á pesar de la persecución y la matanza; debiendo añadir, que el número de víctimas en aquel condado, superó á las que se hicieron en todos los demás. En cuanto á Flandes, mucho antes de Lutero y Calvino, ya se hallaban los tejedores de aquel pueblo en guerra con la Iglesia y expuestos constantemente á las iras pon-

tificales. La excepción era Italia. Si los Italianos estaban en continuas querellas con los Papas, no olvidaban que al tesoro pontificio añuian raudales de oro



JUAN CALVINO.

de todas las partes del mundo, y que tantas riquezas se repartían luego por el país.

La reforma religiosa tomó dos tendencias: la de Lutero en Alemania, y la de Calvino en los Países Bajos y en Francia. Ambas sectas estaban de acuer-

do en su enemiga á Roma; difiriendo en lo demás: de tal suerte llegaron á estar en desacuerdo y tanto subieron de punto sus mutuos enconos, que luteranos y calvinistas se odiaron reciprocamente, de igual modo que los dos aborrecían á Roma. No es difícil hallar la causa de estos rencores.

Al romper Lutero el yugo de Roma, transfirió de una manera práctica la autoridad espiritual del Papa al príncipe temporal. Lo que el Papa perdía, lo ganaba el príncipe. Para éstos, el beneficio era evidente; porque la doctrina del derecho divino de los reyes se vigorizaba y robustecía con el luteranismo. Antes, el vasallo juraba fidelidad lo mismo al Papa que al rey, y ahora sólo al último; de modo que la doctrina de Lutero vino á colocar el Estado sobre la Iglesia. Por esta razón, cuando Enrique VIII se erigió en jefe supremo de la Iglesia, no hizo otra cosa que ser consecuente con la doctrina luterana. Si los principios del rey inglés no podían concertarse con los de la Iglesia católica romana, estaban en armonía con las teorías de los príncipes luteranos. No es extraño, pues, que el luteranismo llegase á ser la religión del Estado en el Norte de Alemania, en Escandinavia y en Dinamarca. En Inglaterra ejerció grande influencia, mas no se implantó por completo.

Por el contrario, la enseñanza y disciplina de Calvino eran esencialmente democráticas, casi republicanas. El ministro de la religión era un predicador, ó más bien, un tribuno del pueblo. El calvinista odiaba de igual manera al Papa, al príncipe y al noble. Desde el principio se declaró la guerra entre calvinistas y reyes. *Ni obispo, ni rey*, dijo un día Jacobo I de Inglaterra, educado en la disciplina de Calvino. Los nobles calvinistas franceses se hicieron siempre sos-

pechosos, no sin falta de motivo, de abrigar designios contra la monarquía. Los Flamencos de la clase media y los labriegos de Escocia fueron perseguidos, porque, no solamente negaban el derecho divino de la Iglesia, sino casi también el de los príncipes. Mirábase á los calvinistas, con fundamento, como enemigos de la religión establecida y como partidarios



ERASMO DE ROTTERDAM.
(Dibujado al natural de Holbein.)

de la república democrática; lo cual se demostró luego en Holanda y en Inglaterra, y en época reciente, en los Estados Unidos. Felipe II no dudaba, que el triunfo de los calvinistas llevaba consigo la destrucción de la Iglesia católica y la de su propio poder: cosas ambas para él queridas. Pensando acaso de igual modo, su abuelo Maximiliano intentó unir en su persona el pontificado y el imperio.

Si Erasmo de Rotterdam hubiera tenido el valor de

Lutero, ó las convicciones y el genio organizador de Calvino, la Reforma hubiese comenzado en Holanda. Le contuvo su carácter tímido; y cuando arreció la tempestad, buscó refugio en Suiza, donde murió.

Carlos V, que bien pronto dió principio á la persecución de los reformistas neerlandeses, contempORIZABA con ellos en Alemania. Entendía quizás, que los primeros como nacidos en su patrimonio, eran cosa propia; al paso que de los segundos era sólo soberano electivo, con atribuciones limitadas por el poder de príncipes independientes: esta consideración, ya que no la voluntad, hubo de atarle las manos. En cuanto á la persecución de los Países Bajos, quedó organizada bajo el gobierno de su hermana, la reina viuda de Hungría ¹; y en ninguna parte del mundo pereció más gente por motivos de religión que en aquella tierra ².

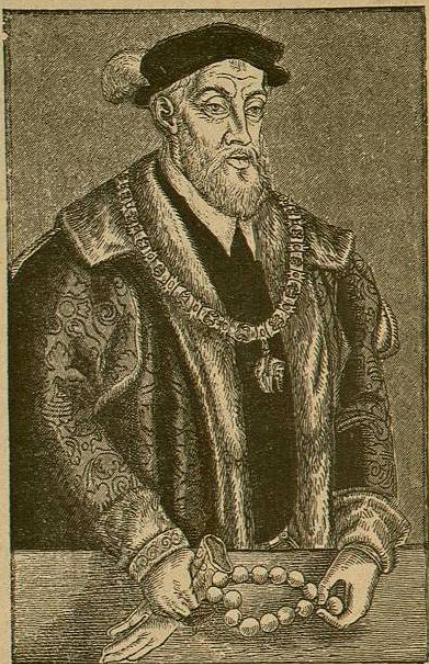
Después que Carlos había limitado las franquicias de Gante por medio del Calfskin, nombre con el cual se conoce este documento en la historia, acudió á los Países Bajos en 1539, en ocasión de mucho aprieto para él, á fin de que le diesen un subsidio de 1.200.000 florines; de los cuales, 400.000 debían ser suscritos por los ciudadanos ganteses. Contestaron los Flamencos, que sin el consentimiento de los Estados, nada podían otorgar. En realidad, no estaban dispuestos á conceder dinero para el sostenimiento de guerras, en las que no tenían interés alguno, emprendidas por Carlos V contra Francia é Italia. También en aquellas circunstancias hubo de recurrir el

¹ María gobernó á Flandes desde el año 1531 al 1555.

² Cuéntase que, durante el reinado de Carlos V, fueron condenados á muerte unas 50.000 personas; pero, en mi sentir, la cifra es bastante exagerada.

Emperador, en demanda de auxilios, á los Españoles.

Los de Gante, no satisfechos con la simulada negativa, se insurreccionaron, y pareciéndoles poco la rebelión, se ofrecieron á Francisco I. El francés ven-



CARLOS V EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE SU GOBIERNO.

dió á Carlos las cartas de los rebeldes, y en vista de ellas, el Emperador determinó castigarlos de una manera terrible. Acudió, pues, con tropas, y aunque no tuvo resistencia alguna, y él disimuló sus propósitos durante un mes, cuando menos lo esperaban los Ganteses, aparte de varias ejecuciones, anuló solemnemente las cartas, privilegios y leyes de la ciu-

dad, confiscó los bienes de los gremios y corporaciones, exigió el subsidio pedido, con el aumento de 150.000 florines, é impuso una contribución anual y perpetua de 6.000. Hizo más todavía, se acordó de la famosa campana, á cuyo tañido se reunían los ciudadanos en asamblea y deliberaban acerca de la cosa pública, y mandó derribarla de su altura. No extremó más el rigor, recordando, acaso, que había nacido en Gante ¹.

¹ La sublevación de Gante tenía su origen en la invasión que Carlos V, en unión de sus hermanos Fernando y María, hizo en 1537 en Francia. María obtuvo de los Estados de las Provincias Unidas un fuerte subsidio para las necesidades de aquella guerra; pero Gante se negó á pagarlo, á pesar de haber sido votado por los Estados de Flandes y confirmado por el Tribunal superior de Malinas en 1538. Los Ganteses, ante la altiva respuesta del Emperador, se alzaron en armas, nombraron su consejo de gobierno, y no solamente despacharon emisarios á Francisco I de Francia ofreciéndole la soberanía, sino que le prometieron ayudar en la recuperación del condado de Flandes. Francisco avisó á Carlos de lo que acontecía en Gante, y aun le mandó las cartas originales que había recibido de los revoltosos (1539). El Emperador salió de Madrid en Noviembre de este año, atravesó la Francia y entró en Gante el 24 de Febrero, aniversario de su nacimiento. Apoderado de toda la ciudad, anuló las antiguas libertades, privó de oficio á los magistrados y regidores, mando ajusticiar á 26 principales ciudadanos y desterró á muchos. Impuso una contribución anual, y á costa de los Ganteses, hizo construir una ciudadela (Abril y Mayo de 1540). Robertson, *Historia de Carlos V*, lib. VI, págs. 152-164. Barcelona, 1839. Sandoval, *Historia de Carlos V*, lib. XXIV, núms. 17 á 20. «Procedió, dice Lafuente, Carlos V con sus compatriotas de Gante con la misma ó mayor crueldad que veinte años antes había empleado con sus súbditos en Castilla, y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto ó más desastroso fin que las del pueblo castellano.» O. C., t. XII, p. 152.